

El poema

Un poema,
No será nunca,
Un par de palabras,
Seltas,
Menos, tal vez,
Columnas verticales,
O letras,
Que aún juntas,
Están vacías,
En ese fin hipnótico,
Repleto de rimas.

La poesía es el filo de la aurora,
Reflejado en el cristal de la ventana,
Es la voz cálida en el invierno,
O el agua hirviente en la mañana.

La poesía son los aromas,
Los propios,
Y tal vez,
Los ajenos,
Que se aprisionan en la ropa,
Que se embeben en la piel.

Es el silencio y la música,
El compás rítmico del ruido,
Su virtuosa química,
En el grisáceo caos,
Y en la verdosa armonía.

Poesía es la piel oscura,
Que brilla ante el día,
Resplandece ante la luna,
Como también lo son los azulejos,
Cautivos en la lluvia,
Que recitan colores,
Y trazan los reflejos.

Lo es la fotografía enmarcada,
En su alquimia sepia y añeja,

Como lo es el perdón confesado,
Los milenarios astros aztecas,
Y los libros subrayados.

Poesía son los cuerpos,
Sus curvas,
Sus cráteres y colinas,
Sus pasajes y hendiduras,
Lo son sus manchas y constelaciones,
Como también lo es la piel tensa,
La carne holgada,
El camino de las venas.

¿Existen rastros de poesía,
de evocaciones sublimes y extraordinarias,
en la esencia de las cosas escritas?

¿Es poema la palabra vulgar,
que invoca los signos,
o la rima enaltecedora,
que embellece lo indigno?

Poesía es el infinito que envuelve los cuerpos,
Lo que circunda los lindes de lo auténtico,
Lo sentenciado omnipresente,
Como lo es el porvenir y el recuerdo,
Lo etéreo y lo ausente.

¿Será la misma existencia,
la armadura que endurece al tacto,
el velo oscuro que cubre la mirada,
O el murmullo que ensordece al oído?

¿Será ella la legítima culpable,
de convencer al ciego de su ceguera,
de encadenar al hombre a la tierra,
de sentenciar al sordo a su sordera?

Poesía es la verdad a través del velo,
La espada que atraviesa el metal oxidado,

Aquella que compone eterna la música al oído,
Y desencadena el espíritu de lo ordinario.

Poesía es el iris profundo del ciego,
Como lo es el aquí y ahora,
El tímpano vibrante del sordo,
La piel sensible de la roca.

Porque la poesía lo es todo,
Lo odiado y lo amado,
En tanto sea escrito,
Vivido,
Y contemplado.

Emilio Antonucci